

Historias Acuarianas Para Niños

Espíritus de Primavera

por B. Coursin Black

Tita estaba enojada. Tita estaba muy enojada. ¡La idea misma de una lección de música hoy! El sábado, de todas las cosas, y el Sol dorado como el corazón de una margarita. Así que Tita se había escapado y se había escondido en la arboleda junto al arroyo.

Ella yacía en la tierra fresca. El arroyo le cantaba. El canto del arroyo gorgoteaba de alegría. Tita se sentía ahora tranquila y feliz. Miró las nubes cremosas y deseó poder montarlas.

Luego vino la música. Tan débil, tan dulce que pensó que era un abejorro perezoso. Pero no, era diferente. Ella volvió la cabeza. Entonces miró fijamente.

La criatura era diminuta. Toda verde reluciente, con cabello amarillo como una túnica transparente. ¡Y ella estaba jugando! Tocando un violín de dos de las briznas de hierba más pequeñas que jamás existieron. Tita se frotó los ojos.

"¡Ah! ¡Así que finalmente puedes verme!" La voz de la criatura era tintineante, como un cubo de hielo en un vaso que agitas.

Tita sólo miró más fijamente. Pero ella estaba llena de asombro.

"¿Mi nombre? Seeba", dijo la chica duende, como si leyera los pensamientos de Tita.

—Pero... qué... qué, por qué... —habló Tita por fin, con los ojos muy abiertos.

"Nadie me ve jamás", Seeba volvió a leer sus pensamientos, "a menos que haya captado el espíritu de la primavera".

Tita abrió la boca para más preguntas. Pero Seeba sonrió y agitó la mano. "Ven", dijo ella, "te mostraré".

De repente, Seeba creció en altura, hasta ser tan grande como Tita. Estaban parados en un gran bosque. Había árboles monstruosos por todas partes, colinas y un río caudaloso y rugiente tan ancho que ni siquiera se veía la orilla opuesta. Tita miró a su alrededor, asustada.

"No", dijo Seeba. "Todo es igual. Acabas de cambiar a mi tamaño. Los árboles son solo hierba, las colinas son montones de tierra. Y mira el pequeño arroyo". Señaló hacia el río rugiente y caudaloso.

Seeba tomó su mano. Caminaron por el suelo extraño hasta que llegaron a una cueva.

Tita seguía pensando. Tenía tantas preguntas. Pero estaba tan ocupada mirando cosas.

Una roca monstruosa estaba junto a la cueva. Era azul y brillante.

"¿Recuerdas la cuenta azul que perdiste?" Seeba preguntó, tocando la roca gigante y sonriendo ante la expresión de sorpresa de Tita.

De repente Tita gritó. Una gran serpiente pasó moviéndose. Seeba habló en voz baja. "Un gusano angular. Se lleva la grava y trae tierra rica en su lugar, para que crezcan las flores".

Llegaron a un tronco que cruzaba el túnel. "La raíz de una violeta", explicó Seeba.

Extendió alas de seda que Tita no había visto. Juntas volaron sobre la raíz.

Tita ya no podía ver. Estaba oscuro como la tinta. Entonces fue consciente de un tenue resplandor plateado. Más y más brillante creció. Los pájaros voladores parecían brillar con la luz. "Luciérnagas", dijo Seeba. "Nuestro sistema de iluminación".

Luego vieron una serie de extraños hombrecillos, vestidos de marrón, con baldes vacíos.

"Gnomos", le dijo la criatura élfica a Tita. "Recogen el rocío en cubos y riegan las raíces".

Luego vino una línea de delicadas criaturas como Seeba. Algunas eran naranjas, algunos rosas, algunos verdes. Tenían baldes llenos y derramaban el rocío sobre unas raíces.

"Duendes de la primavera", dijo Seeba, como un guía en un autobús turístico. "Estuvieron flojos hoy y llegaron tarde".

"¿Eres un duende de la primavera?" preguntó Tita. Todavía tenía miedo de las cosas. Y su voz sonaba tan débil cuando hablaba.

"Oh, sí. Fui al sur todo el invierno. Vinimos al norte en un tren de nubes, hace unas semanas".

De repente se detuvo. Se puso pálida y empezó a temblar. "La Reina", dijo rápidamente.

"Ella me castigará. Si pudiera esconderme en algún lugar. Pero es demasiado tarde".

Un destello de luz amarilla deslumbrante brilló contra los ojos de Tita, y ante ellos se alzaba una visión de belleza. Era más alta que Seeba y vestía un vestido verde brillante que brillaba con todos los colores del arcoíris. Su cabello era de color azulado, pero no se veía extraño. Tita pensó que nunca había visto a nadie tan hermoso. Pero los ojos de la reina brillaban.

"No viniste a practicar", dijo la Reina, mirando a Seeba. "Te escapaste y saliste a tocar.

Bueno, para eso te quedarás en la cueva toda la noche y no subirás a las nubes. Y tocarás tu violín toda la noche".

Seeba comenzó a suplicar. "Lloverá esta noche, querida reina", dijo entre lágrimas. "Me encanta montar las gotas de lluvia, y vendrán tantos nuevos Espíritus".

Una de las enormes serpientes apareció a la vista. Tita olvidó que solo era un gusano angular. Ella comenzó a correr. Más y más rápido corrió. Y luego ella estaba afuera bajo el sol. Sola. Se frotó los ojos y miró a su alrededor. Debe ser muy tarde. El sol casi se había

puesto. Nubes oscuras se acumulaban. Tita no esperó. Ella corrió a casa. . .

Esa noche Tita tocó su violín. Su madre tocaba el piano. Papá leyó su periódico. El hermano Jan estaba engrasando un guante de béisbol.

Entonces Tita escuchó la música. Era débil y dulce, como campanas de hadas.

"Los Espíritus de la Primavera", dijo con entusiasmo. El hermano Jan miró hacia arriba y olfateó. "Oh", se quejó. "Está lloviendo. Ahora es posible que no podamos jugar a la pelota mañana".

Tita le miró con desdén. ¿Cómo podría saberlo un chico? Pero ella entendió. Los

Espíritus de la Primavera venían con toda su fuerza. Ahora estallarían toda la gloria de la primavera.

Los bosques y los campos sentirían la magia. Se preguntó si Seeba cabalgaría sobre las gotas de lluvia. O si tenía que quedarse en la cueva y practicar. Tita tomó su violín y volvió a tocar. Con fuerza.